

LA CAMARÁ, novela, por *Fernando Santiván*; Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago

No es esta novela de Fernando Santiván un trozo de arte; es un trozo de vida bosquejado a rápidas pinceladas.

Pinceladas y toques rápidos, pero fuertes, algunos definitivos. Escrita hace algunos quince años, por lo que indica la fecha que viene al final del libro, esta hermana menor de «La Hechizada» tiene el mismo sabor romántico, no obstante su manifiesta índole realista. Sin preconcebidas fórmulas e interpretaciones técnicas ni psicológicas, el autor narra espontáneamente en estas páginas la breve epopeya habida tras latentes rivalidades y conflictos, entre una cuadrilla de rotos camineros, símbolos de la libertad y del movimiento, y un grupo de pequeños colonos y campesinos, símbolos de la ciega limitación impuesta por la tierra. La fuerza que enciende la acción del relato es una sencilla y abnegada mujer, «La Camará», cuya dulce pero firme personalidad despierta los soterrados sentimientos de esos camineros trashumantes, hombres sin más ley que la fuerza de su brazo y de su puñal, y sin más Dios que la valentía de su corazón. Pero fuerza y valentía que les hacen en ocasiones ser generosos... Como en el desarrollo y desenlace de esta bella novelita, en donde los rasgos de delicadeza y aun de ternura presupuestos en ellos por el autor, convencen y conmueven dramáticamente al lector.

Sobre el telón de fondo, de color y proporciones adecuados a la trama, y en el que abundan magníficas y sobrias descripciones, los personajes adquieren relieve, y se mueven con una veracidad que los lleva a la precisa realización de los hechos. Quizá solamente en este elemento—secundario y decorativo—del paisaje, se le podría censurar discretamente a Fernando Santiván algún leve exceso de romanticismo en la observación o comparación, de defectuoso efecto estético, como ese alegórico tropo un tanto «contra natura», en que el autor, entusiasmado

en la descripción de un volcán, dice de él, que «después de colorearse momentáneamente de rubores en su último coqueteo con el sol, se mostraba gris y torvo» (pág. 31). Pequeño desliz del propio autor, que mancha la pureza de la imagen y nos detiene por un instante la atención. Por un instante solamente. Después, los subjetivos jugos románticos, los gustamos muy sabrosamente infiltrados, muy delicadamente diluídos en las difíciles partes de la novela que corresponden a la acción y a los caracteres de los personajes.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



ASÍ LO VEÍA MI PADRE, por *Elliott Roosevelt*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires.

A través de estas páginas impregnadas del cariño y de la admiración hacia su padre, el grande hombre que fué Franklin Délano Roosevelt, uno puede ir valorando la magnitud y el relieve de la obra de ese hombre que fué un verdadero prodigio de voluntad al servicio de una inteligencia clara y de una facultad de realización no menos prodigiosa.

Nada hay en este libro, que es mejor dicho un diario de algunos días de convivencia con el Presidente Roosevelt, en la época más agitada y difícil de la guerra. De esa monstruosa guerra, que desató la ambición nacistá sobre el mundo contemporáneo, con el afán de ser los únicos que pudieran dirigir al mundo y de imprimirle un rumbo al destino de cada hombre. Vemos en estas páginas, de cómo Roosevelt, que era además de un hombre de Estado, de proporciones pocas veces vistas en los tiempos modernos, un hombre encantador en la intimidad del hogar. Lo vemos preocupado de los problemas mundiales y de pronto interesado en una partida de fútbol, a tal punto que en el momento de ir a acostarse, le propone a su hijo una apuesta de diez dólares al equipo de su simpatía.

Creo que nunca, aunque se escriban muchas biografías so-